



Los Antinovelistas

Por CLAUDIO GIACONI

La reciente colaboración entre Alain Resnais y Alain Robbe-Grillet, que confluyó en *L'Année dernière à Marienbad*, ha contribuido —como sucedió anteriormente con Marguerite Duras e *Hiroshima, mon amour*— a cimentar la celebridad del mentor de la "nueva novela" más que toda su obra anterior. El más escéptico de los lectores, el más reticente a la innovación, acepta ya que un cierto número de jóvenes novelistas se dedique a demoler sistemáticamente el santuario de la novela, considerado hasta hace poco como inviolable.

Sin embargo, los escépticos continúan interrogándose sobre el valor de la producción novelesca de los últimos veinte años. Y en este punto no disimulan su malestar. ¿Acaso la novela está a punto de cavar su propia tumba, a dar, al menos, señales de asfixia mortal? Si vivieran hoy día un Dostoievsky o un Thomas Hardy, ¿bastarían ellos para conjurar el peligro? O bien, ¿no quiere decir todo esto que la vena novelesca está definitivamente agotada? Continuando su meditación, el escéptico llega al centro del problema: la cuestión del "cómo". En efecto, ¿cómo revivir una forma literaria anémica, en un tiempo en que el cine ha arrebatado a la novela su fin y razón de ser? Los mundos irreales que fecundan la imaginación de las muchedumbres han dejado de ser patrimonio de novelistas, como lo fue hasta aproximadamente la primera guerra mundial.

Pero es la actitud escéptica, precisamente, la que ha conducido a muchos novelistas franceses —y de otras nacionalidades— a buscar una salida. Han comenzado por poner en tela de juicio los medlos. El primer resorte que ha quedado al desnudo es aquel que Robbe-Grillet llama la "sacrosanta psicología". Nathalie Sarraute, en sus búsquedas teóricas, ha ido más lejos aún que el propio Robbe-Grillet. Con éste coincide, desde la partida, en el reproche que hace a una burguesía que estuvo excesivamente condicionada por la lectura de Bourget, por una especie de "geometría euclidiana" de la novela, y que ignoró a Dostoievsky, Proust, Kafka o Faulkner. La Sarraute, en su ensayo "El Tiempo de la Sospecha", esclarece sorprendentemente la desconfianza que inspira hoy día el personaje novelesco que se ofrece como un dechado de psicología. Ciertamente. Después de los análisis minuciosos de Proust o de Henry James; después del estallido del "subsuelo" psicológico provocado por Dostoievsky, Joyce y Freud, es necesaria mucha audacia —o ingenuidad— para aventurarse sobre un terreno ya descubierto, donde el lector espera con una sonrisa insidiosa dónde va a comenzar lo previsible, es decir, dónde la novela, privada del factor sorpresa, decae como tal. En otras palabras, ¿qué decir del "hombre psicológico" que ya no se sepá?

El segundo resorte —la metafísica— no ofrece más garantías que el primero. Sin duda, el problema de nuestra presencia en un mundo que

se siente tan precario y efímero se impone a la conciencia contemporánea con un vigor jamás igualado. En este caso, aun más que en el anterior, ¿acaso ya no está dicho todo?

Queda un tercer resorte: la anécdota. Inventar historias, como encontrar tema para un cuadro, es puramente un asunto de oficio, una banalidad. Lo que Valéry decía de los filósofos ("combinan de cien maneras una docena de palabras, con las cuales pretenden componer y expresar todas las cosas") se puede aplicar también a los novelistas, quienes combinan de cien maneras una docena —en el mejor de los casos!— de situaciones novelescas. Ahora bien, ¿cómo se puede construir un personaje novelesco si es preciso cercenarle la psicología y las preocupaciones metafísicas, puesto que son tabú?

Semejantes conclusiones —es obvio— no contribuyen a estimular las vocaciones novelescas. Por lo demás, es posible afirmar que los mentores de la "nueva novela" sólo coinciden en un punto: en el común rechazo de la novela tradicional. Queda por verse qué dirección tomará cada uno a partir de este rechazo. Con el fin de ofrecer una justificación más o menos válida de su ruptura, tanto como para precisar su objetivo, emplean una terminología decididamente negativa. "Antiliteratura", "antinovela", "novela de laboratorio" (¿Qué son sino eso las novelas de Huxley?), "novela de la novela" (Dostoievsky y Henry James escribieron algunas), "novela abstracta", "prenovela", etc., son términos que se derraman con una generosidad torrencial y que reflejan una preocupación común a todos los novelistas de la nueva tendencia: preocupación del creador dividido entre la voluntad de dar la espalda a la novela tradicional y el temor de desembocar en una zona de nadie, en una fundamental desintegración de la novela.

Ya se habla de "escuela", demasiado prematuramente, no obstante. En efecto, cada autor busca una brecha para seguir, y para explotarla, hasta la majadería una vez descubierta. Según un estudioso del grupo, Robbe-Grillet se "esfuerza en fundar una novela de superficie: la interioridad queda entre paréntesis; los objetos, los espacios y sus relaciones son promovidos a rango principal". Todo su esfuerzo, en efecto, tiende a **descondicionar** sus personajes, a liberarlos de todo lo que él, como autor, les añade. Los personajes se nos revelan por sus gestos, por sus reacciones más fugaces, desvinculados de toda referencia psicológica; ellos están ahí, y eso basta.

¿Basta?...

El objetivo de fondo, de Robbe-Grillet es más interesante. Se propone recrear un tiempo mental que refleje verdaderamente la experiencia cotidiana del hombre. De aquí que la clasificación **euclidiana** "pasado-presente-futuro", sin duda práctica, pero insuficiente por su esquematismo y por todo lo que tiene de construcción impuesta, no corresponde al fluir inmediato de la conciencia. Tampoco esto es nuevo, y allí está todo Joyce para comprobarlo. La vida, considerada incluso como una

historia, se desarrolla siguiendo un ritmo fílmico donde el recuerdo que emerge a la conciencia, los sueños, la imaginación, el deseo, la acción que se concretiza, el objeto que cae bajo la mirada danzan en un torbellino ininterrumpido.

Nathalie Sarraute, cuyo punto de partida es idéntico al de Robbe-Grillet, busca una revitalización de la novela por otro conducto. El autor de *L'Année dernière à Marienbad* se obstina en mantener bajo su mirada, pero a distancia, los seres y los objetos encerrados en sí mismos, opacos. La Sarraute, por el contrario, se propone iluminarlos. Su fin es el de superar a Proust y a James, explorar las profundidades del ser humano, a fin de sorprender la causa primera, llegando —como lo ha dicho Maurice Nadeau— "a las fuentes de una vida elemental, pero compleja que subyacentemente las formas elaboradas de los sentimientos".

La disyuntiva pascaliana ("siento dos hombres en mí") elevaba la dualidad del yo al plano de la conciencia. Las tendencias frustradas, inconscientes, afloraban en una zona situada por debajo del inconsciente. El hombre pascaliano, ante el descubrimiento de un mundo interior que escapa al control de la razón, tendía a crear su unidad de soslayo a las zonas turbias.

Nada más contrario al propósito de la Sarraute, pues son esas zonas turbias las únicas que le interesan. En ella, el pluralismo de la personalidad llega al extremo en el cual "ser" y "parecer" coinciden, al menos fuera del campo de nuestra conciencia. El hombre se compone una fachada que le asegura un simulacro de unidad, y detrás de la cual se esconde. Estas máscaras —como las llama la novelista— el hombre las condiciona de acuerdo a convenciones sociales o afectivas. Sólo después de hacer saltar las máscaras, se halla acceso al yo profundo.

Se comprende que Nathalie Sarraute no se interese en sentimientos más o menos elaborados que surgen de la profundidad del ser. Su campo de investigación se limita a aquellos movimientos imperceptibles por los cuales el hombre se traiciona, esos movimientos todavía innominados que no actúan en las zonas claras de la conciencia.

Sin teorizar tanto, Dostoievsky —¡siempre el infaltable Dostoevsky!— también lo comprendió así... Teorías aparte, hay motivos para preguntarse cuáles son los peligros inmediatos de una literatura sin alma. Jean Bloch-Michel, en un reciente estudio, da la respuesta. El brillante ensayista, sin ánimo de menoscabar las variedades de "nueva novela", las agrupa a todas en un lote bajo la homogénea etiqueta de "literatura del aburrimiento".

La atracción del tedio en Europa es alarmante. ¿Signo de cansancio? Es significativo que uno de los best sellers europeos más sostenidos, sea la reciente novela de Moravia, *La Noia*, que podría traducirse como "La Apatía"...

Bruselas, 1962.